

San Agustín

San Agustín

en tu camino

Selección de textos e introducción

José Ramón Ayllón



Índice

Introducción	15
Infancia, escuela, lecturas	25
Adolescencia	31
Estudios en Cartago	35
El <i>Hortensio</i> , de Cicerón	39
Oración de Mónica	45
Muerte de un amigo	49
Amigos en Cartago	55
Maniqueo poco convencido	59
A Roma, sin Mónica	63
En Milán, Ambrosio	69
Insatisfacción profunda	73
La fe razonable	83
El ejemplo de Victorino	91
La carne contra el espíritu	95
Una nueva vida	105
En la finca de Casiciaco	107

El canto de la Iglesia	<i>113</i>
Muerte de Mónica	<i>117</i>
A Dios por la belleza	<i>127</i>
Pasión por meditar la Biblia	<i>137</i>

Introducción

La vida es un camino largo y trabajoso. Entre aquellos que mejor lo han recorrido están, sin duda, los sabios y los santos. San Agustín tiene ambos títulos en grado eminente. Por nacer en 354 y morir en 430, le tocó contemplar la caída del más poderoso imperio antiguo, vivir como un sabio pagano y convertirse a la nueva religión de un mundo nuevo. En la frontera entre dos civilizaciones, es uno de los hombres que mejor ha entendido ambas culturas, y su síntesis entre platonismo y cristianismo ha influido en la filosofía, la teología y

la política europea hasta nuestros días. Murió el año 430, cuando los vándalos de Genserico asediaban Hipona.

En sus *Confesiones*, la autobiografía más célebre de cuantas se han escrito, nos cuenta que nació en Tagaste, cerca de Cartago, en la franja norteafricana plenamente romanizada, y que su juventud fue tan intensa como turbulenta. La persona con más peso en su vida fue Mónica, su madre. De la mujer que amaré durante diez años nacerá su hijo Adeodato. La tercera influencia decisiva la ejercerá Cicerón, a través de un libro que le contagia la pasión por la verdad.

Antes de cumplir treinta años, Agustín dominaba la historia de Roma y la filosofía griega; escribía con la brillantez de Séneca o Cicerón; gozaba de enorme prestigio como profesor de oratoria forense; tenía dinero y la vida le

sonreía. Con sus amigos se había echado en brazos del hedonismo mediterráneo, pero no era feliz, y nos repite una y mil veces que se sentía permanentemente insatisfecho.

Agustín buscará la verdad en la religión maniquea y en el escepticismo neoplatónico. Más tarde, al conocer y escuchar al obispo Ambrosio, en Milán, admirará su elocuencia y entenderá la armonía entre la fe cristiana y la razón. Un día, en el huerto de su casa, escucha una misteriosa voz infantil que le dice: «*Tolle lege, tolle lege*» (toma y lee, toma y lee). Entonces echa mano del libro que tiene más cerca, la Epístola de san Pablo a los Romanos, lo abre al azar y se topa con los versículos 13 y 14 del capítulo XIII:

Andemos decentemente y
como de día, no viviendo en

comilonas y borracheras, ni en amoríos y libertinaje, ni en que-rellas y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo, y no os deis a la carne para satisfacer sus concupiscencias.

En ese momento, según nos dice, «se dispararon todas las tinieblas de mis dudas». Entonces se retira por unos meses, con su madre y algunos amigos, a una finca en Casiciaco, cerca del lago Como. Allí conversa, lee y medita. Su estado espiritual puede entreverse en este pasaje:

Ni mis bienes eran ya exteriores, ni los buscaba a la luz de este sol con ojos carnales, porque los que quieren gozar de lo exterior, fácilmente se hacen vanos y se desparraman por las cosas que

se ven y son temporales, y van con pensamiento famélico lamiendo las imágenes [...]. ¡Oh, si viesen ellos aquella eterna luz interna que yo había visto!

Tras un largo proceso de maduración, Agustín pedirá el bautismo cristiano, igual que sus mejores amigos. Poco después será sacerdote y obispo ejemplar. Al recordar su inesperada evolución, escribirá con agradecimiento emocionado:

¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tú estabas dentro de mí, pero yo estaba fuera. Y fuera te andaba buscando. Semejante a un engendro de fealdad, me abalanzaba sobre la belleza de tus criaturas. Ellas, que no existirían

si Ti, me tenían prisionero lejos de Ti. Hasta que me llamaste, me gritaste y venciste mi sordera. Brillaste y tu resplandor disipó mi ceguera. Exhalaste tu aroma, me tocaste, te saboreé y me abrasé en tu amor.

No se entiende a san Agustín sin su liderazgo y sus muchos amigos. Uno de ellos, Verecundo, fue quien quiso que vivieran en la casa de campo donde Agustín encontró la luz. Tenía entonces treinta y dos años. Más tarde pondrá por escrito esa primera mitad de su vida, con el título *Confesiones*. Se trata de un libro genial, apasionado e intenso. En cada una de sus páginas encontramos la introspección de un alma en carne viva, una búsqueda apasionada de la verdad y la felicidad, una oración a corazón abierto, un alarde de

psicología y estilo literario.

No nos extraña que fuera, para los grandes humanistas del Renacimiento, una fuente de variada y permanente inspiración. La autenticidad y riqueza existencial que refleja el libro, escrito a los cuarenta y tres años, concita admiración en personajes tan distintos como Petrarca y santa Teresa, Pascal y Montaigne, Kierkegaard y Simone Weil. No es necesario recordar que no es la literatura el principal designio de esta obra, sino la glorificación de Dios —silencioso interlocutor en todas sus páginas— a partir de los sucesos de la propia vida. Finalidad que le lleva a escribir: «¡Ay de los que callan sobre Ti, porque no son más que mudos charlatanes!».

Esta versión, muy reducida, bien puede ganar en intensidad lo que pierde en extensión.

* * *

Si *Confesiones* inaugura el género autobiográfico, *La Ciudad de Dios* constituye el primer ensayo de filosofía y teología de la historia. Su composición también responde a las personalísimas circunstancias del autor. Era obispo de Hipona cuando, la noche del 24 de agosto del año 410, Alarico entra en Roma con sus godos y saquea la ciudad durante tres días y tres noches. Ese episodio acabó con el aura de un Imperio romano invencible y eterno. Es conocido el lamento de san Jerónimo, que vivía en Jerusalén: «Mi voz se ahoga en mi garganta y mis lágrimas empañan el texto cuando escribo. La urbe que había conquistado el orbe entero ha sido conquistada».

Algunos nobles huyeron a África y culparon del desastre a los cristianos,

por haber eliminado el culto a los antiguos dioses paganos. San Agustín comienza a escribir *La Ciudad de Dios* para refutar esa acusación, pero invierte en ese empeño los últimos quince años de su vida, y logra una magna obra donde desarrolla múltiples temas de historia, filosofía y teología. Entre sus tesis más relevantes, la que señala que religión y política apuntan al mismo fin: descubrir y amar al Dios que habita en cada corazón humano. De ahí que la Iglesia fundada por Cristo deba informar al Estado con sus principios, y tenga el derecho de apoyarse en él. El denominado *agustinismo político* recorrerá, desde entonces, toda la historia política de Europa. Por eso, en *Le Monde*, Roger-Pol Droit tituló un editorial cultural de fin de año con estas palabras: *Nombre: Agustín; sobrenombre: Occidente.*

Infancia, escuela, lecturas

1. Mis *Confesiones* alaban a Dios, justo y bueno, por mis males y mis bienes, y quieren despertar hacia él la inteligencia y el corazón de los lectores.

2. Tu poder es inmenso, Señor, y tu sabiduría no tiene medida. Y yo pretendo alabarte, ya ves. Precisamente yo, una migaja de tu creación, un hombre amasado de muerte y pecado. Pero tú mismo me estimulas por la satisfacción que encuentro al alabarte, pues nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.

3. Desconozco de dónde he venido a esta vida mortal. Solo sé que tuve una buena acogida, brindada por tu ternura. Eras tú quien ponías el alimento de mi infancia en los pechos de mi madre y mis nodrizas, de acuerdo con los criterios de tu providencia.

4. Me enviaron a la escuela a estudiar las letras, de cuya importancia yo no tenía ni idea, y por eso mi falta de aplicación me costó buenos azotes, como a tantos niños antes que yo, multiplicando de este modo el trabajo y el dolor de los hijos de Adán.

5. En la escuela, Señor, hice un descubrimiento: vi que había personas que te invocaban. De ellas aprendí que tú eres alguien, que eres grande y puedes escucharnos y ayudarnos, aunque no te manifiestes a nuestros sentidos.

Entonces comencé a implorarte. Yo era pequeño, pero no eran pequeños mis sentimientos y con ellos te suplicaba que no me azotasen.

6. Un día me subió de repente la fiebre como consecuencia de una oclusión intestinal, y estuve a punto de morir. Tú, Dios mío, que eras ya mi custodio, viste con qué empeño de mi corazón y con qué fe pedí el bautismo. Mi madre, que estaba anclada en tu fe con un corazón puro, también ansiaba mi iniciación en los sacramentos de la salvación. Pero me repuse inmediatamente. En aquella época yo era creyente, lo era mi madre y lo eran todos los de casa, menos mi padre.

7. Con las primeras letras tuve que memorizar los derroteros equivocados de Eneas, la muerte de Dido, que se

suicida por amor, y ciertas aberraciones que hacen famosa a la literatura más culta.

8. Me deslumbraba la historia del caballo de madera preñado de gente armada y el incendio de Troya. Pero Homero traslada las debilidades humanas a los dioses y así los adulterios de Júpiter justifican los adulterios humanos. Después, los padres pagan para que sus hijos aprendan ese tipo de perversiones. Yo aprendí gustosamente todas esas lindezas y por eso decían que era un chico muy prometedor.

9. ¿Qué tiene de extraño, entonces, que me dejara llevar por esa clase de vanidades y me descaminara lejos de ti, Dios mío?

10. Solía mentir al pedagogo y los